

Domingo 8 noviembre 2009
El Evangelio de hoy

Mc 12,38-44

Si no tengo amor, soy nada

En el cálculo matemático cualquier cantidad finita - grande o pequeña- comparada con el infinito tiende igualmente a cero. Ante el infinito toda cantidad es irrelevante indiferente de su magnitud. Así son ante Dios todos los bienes materiales, incluido el universo entero. Cualquier ser creado en comparación con Dios equivale a nada.

Si es así, entonces ¿cómo se explica que Dios manifieste tanto interés por el ser humano, hasta el punto de enviar a su Hijo -Dios como Él-, a hacerse hombre? No hay otra razón sino que el ser humano es el único ser corpóreo que, no obstante ser infinitesimal en el sentido material, está creado con la posibilidad de ser elevado al nivel de Dios en el sentido espiritual; está llamado a ser hijo de Dios, para lo cual es necesario que comparta la naturaleza divina; está llamado a ser él mismo infinito. Esta es la vocación del ser humano; para este fin ha sido creado. Su tragedia es que, siendo ésta su vocación, se entregue con tanta pasión a lo que es nada.

Preguntamos de nuevo: ¿Qué puede tener el ser humano que sea propio de Dios, que lo ponga al nivel de Dios de manera que pueda ser su hijo y relacionarse con Él? La respuesta es una sola: el amor. El amor es lo único que concede al ser humano tener entidad ante Dios. Lo dice San Pablo: «Si no tengo amor, soy nada» (1Cor 13,2). Lo dice San Juan, exhortándonos a cumplir nuestra vocación: «Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios; el que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor» (1Jn 4,7-8). Deliberadamente el apóstol repite la misma expresión dos veces, una vez referida al amor y otra vez referida al que ama: «El amor es de Dios... todo el que ama es de Dios nacido».

El amor procede de Dios y puede poseerlo el ser humano: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo dado a nosotros» (Rom 5,5). El amor consiste en procurar el bien del otro y alcanza su grado máximo cuando se entrega la vida por el bien de los demás: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15,13).

En el Evangelio de hoy Jesús nos indica dos modelos radicalmente opuestos: los que se afanaban por alcanzar lo que es nada y es el caso de muchos; y la que se afanó por alcanzar al que es todo y es el caso de pocos.

«Guardense de los escribas». Éstos se afanan por la gloria humana: «Gustan pasear con amplio ropaje, ser saludados en las plazas, ocupar los primeros asientos en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes». Éstos se afanan por el dinero -lo más material de este mundo-: «Devoran la hacienda de las viudas». Jesús advierte: «Tendrán una sentencia más rigurosa». Su sentencia será lo que anhelan: ser eternamente nada.

Jesús indica a sus discípulos, como ejemplo a imitar, una viuda pobre: «Esta viuda pobre ha echado más que todos... ha echado de lo que necesitaba todo cuanto poseía, todo lo que tenía para vivir». Las muchas monedas de oro que echaban los otros en la alcancía del templo y los dos moneditas de cobre que echó la mujer son cantidades muy distintas para nosotros, pero -ya lo decíamos- son cantidades indiferentes ante Dios que es infinito. El amor de la mujer, en cambio, tiene valor ante Dios y por eso impresionó a Jesús. Ella amó hasta entregar la vida: «Dio todo lo que tenía para vivir». Ella ha nacido de Dios y conoce a Dios; ella va a gozar de Dios por toda la eternidad.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles